
Gerardo Estrada*

*Reflexiones sobre el
CAMBIO SOCIAL a la
ORILLA DEL SIGLO XX*

Las siguientes notas son algunas reflexiones sobre los problemas del cambio social en nuestros días desde la perspectiva de los países llamados del Tercer Mundo, perspectiva que tiene la característica de venir de sociedades en donde el cambio social es una necesidad política y económica permanente, y en las que la justicia social y la democracia política son todavía una demanda.

No tienen un carácter sistemático porque están hechas, no como una investigación a desarrollar, sino como una reflexión y una discusión por abrir. Parten de un supuesto fundamental: frente al desarrollo impresionante de la tecnología y de la ciencia, la sociología se ha rezagado; los cambios vertiginosos y la acumulación de información que vive y recibe el hombre contemporáneo necesitan para su correcta interpretación de nuevos modelos teóricos y de marcos de referencia más amplios.

Si bien es cierto que los problemas fundamentales del hombre han sido ya reflexionados desde la filosofía antigua, y que es difícil superar a los clásicos, también es cierto que el escenario en donde el drama social y humano se desarrolla es totalmente distinto.

Basta con mencionar a las computadoras y a la televisión, elementos de la vida cotidiana actual, para medir la distancia que nos separa, ya no sólo de Grecia sino también de Londres y de París en el siglo pasado.

En términos estrictamente sociológicos, la reflexión sobre los proble-

* Profesor titular de la FCPyS, Gerardo Estrada fue Secretario del X Congreso Mundial de Sociología que se llevó a cabo en la C. de México en 1982.

mas del cambio social se remonta a los inicios del pensamiento revolucionario anteriores al desarrollo de la Revolución Francesa, es decir a la Ilustración y a la idea de progreso. Sin embargo, si ampliamos el concepto de cambio social, podemos encontrar antecedentes históricos mucho más lejanos.

En efecto, detrás del concepto de cambio social se encuentran dos de los principios básicos de la existencia social. Por una parte, la vigencia del sistema de valores que permite a los hombres agruparse y cuya vigencia debilita o fortalece los lazos de unidad y de identidad de los distintos componentes de un grupo social; es decir, el cambio concebido como modelo cultural, en sus expresiones jurídicas, éticas, de usos y costumbres, ideológicas, etcétera. Por otra parte, el concepto social está ligado a la transformación, por diversas vías, del ambiente natural en el que se desarrollan estos grupos sociales: transformaciones tecnológicas, de instrumentos de modos de producción.

Por tanto, cambio cultural y cambio tecnológico, son elementos constantes de la vida social; lo que equivale a decir que el cambio es una constante en la historia junto con el *statu quo*, y que ambos viven en una interdependencia dialéctica.

Contrariamente a quienes piensan en el cambio social sólo como un momento preciso y estelar de la vida social, el conocimiento más profundo de la historia revela la constancia de la transformación, aun cuando en ocasiones el grado y la profundidad del cambio puedan adquirir una intensidad radical.

Las diversas teorías sociológicas que abordan este tema, de Montesquieu a nuestros días, han buscado un factor determinante que permita el análisis de los motivos y los orígenes de los cambios, y por otro lado han intentado prever las circunstancias en que éstos se dan; así, por mencionar algunas corrientes de pensamiento, el marxismo los atribuye a la relación de las clases con los medios de producción; mientras Weber recurre a los sistemas de valores y al uso y rutinización del carisma.

En realidad, como todos sabemos hoy, ningún factor por sí solo explica el cambio social como lo hemos entendido tradicionalmente, es decir, como un momento coyuntural en el que la sociedad da un paso y sufre cambios radicales en su sistema de relaciones, aun cuando muchos rasgos sobrevivan, sean constantes y se adapten a las nuevas prácticas sociales.

Esta perspectiva, que comienza a ser comprendida, y que ha permitido el abandono de teorías deterministas, presupone un reto muy complejo para las ciencias sociales, ya que obliga a ampliar enormemente el campo de análisis de las variables que intervienen en esos fenómenos y exige el deslinde de toda teoría del cambio social respecto de los pro-

yectos políticos, de los valores subjetivos, y de los sentimientos del sociólogo hacia la realidad.

Sobre el primer problema, es seguro que el avance de la investigación social y el uso de las computadoras permitirá una mayor precisión. El segundo problema, relativo a la deficiencia de las explicaciones del cambio y a los valores políticos e ideológicos implícitos en análisis y evaluaciones supuestamente válidas, es más difícil de resolver, pues incluso la misma demanda de objetividad puede ocultar intereses y valores particulares.

Así, detrás de la propaganda teórica del cambio social, en términos evolucionistas, hay una concepción del cambio de los ideólogos del liberalismo que a veces se confunde con una defensa del *statu quo*, y de la inmovilidad social. A su vez, detrás de la concepción marxista del cambio está la concepción “revolucionaria” del cambio, que afirma su interés de clase.

La debilidad de estas teorías del cambio y la evidencia de su componente político interesado, se expresa en el hecho de que toda teoría del cambio revolucionario presupone un fin del proceso. Es decir, una vez que llega el cumplimiento del proyecto de sociedad que se encuentra en el interior de dicha concepción de sociedad, ya no habrá más cambios. Como si ese movimiento social, que antes se consideraba constante, tuviera que llegar a un fin que teórica y proféticamente se determina. Tal es el caso de autores tan disímolos como Hegel en “la realización del Estado”, Comte con “la sociedad positiva”, y Marx con “el Estado proletario”. . .”

Todo esto supone ideas constantes muy enraizadas en el pensamiento occidental moderno: la idea de progreso, que implica un avance permanente hacia algo no siempre muy claro; y la idea, no siempre explícita, de un nirvana, una utopía que está al final de todos los cambios o del gran cambio.

En los albores del siglo XXI uno podría afirmar, sin temor a equivocarse, que este tipo de pensamiento se ha encontrado con una dura realidad. Si bien es cierto que hay quien sigue creyendo tercamente en la realización terrenal de cualquier forma ideal de relaciones sociales, cada día es más difícil encontrar pruebas de esa posibilidad, pues los datos recientes de la historia, e incluso las tendencias filosóficas en boga, son más bien pesimistas y escépticas al respecto.

Con hechos como la crisis de la sociología y el marxismo, el develamiento del “stalinismo”, la confrontación chino-soviética, la invasión a Checoslovaquia, el realismo político (China frente a Chile) los horrores de Camboya, el fin del sueño americano, la violencia terrorista, la vuelta al tradicionalismo islámico, etc., resulta muy difícil convencer, tanto a

la sociedad como a los teóricos, de que el cambio social significa inevitablemente una nueva y superior forma de relaciones humanas. La prueba es que la esperanza en un cambio radical sólo se da en casos de extremo primitivismo ideológico, como *Sendero luminoso*, o de reivindicaciones nacionales ancestrales como los irlandeses del IRA o los vascos españoles.

La idea misma del progreso está en cuestión. Anteriormente cuando los países del Tercer Mundo miraban a los países industrializados, lo hacían contemplando de una manera acrítica dicha sociedad, sin reflexionar para nada sobre los problemas del urbanismo, la contaminación ambiental, la neurosis o la enajenación, y sobre todo, olvidando que la fuente de poder y de riqueza de estas naciones había sido la colonización, y que hoy se debe en gran parte el intercambio desigual en términos económicos a una política armamentista, y a una práctica no muy evidente de la democracia. Nadie veía al interior de esas sociedades, las desigualdades, la explotación, el racismo. La misma respuesta de la democracia electoral, como ideal, puede ponerse en tela de juicio, pues, como demostraba recientemente un eminente intelectual mexicano, José Iturriga, ante las críticas norteamericanas al ejercicio de la democracia en México, si uno es muy riguroso en el análisis, los presidentes norteamericanos son elegidos por una minoría del pueblo.

Esta visión ilusoria se convirtió en una especie de continuación de la colonización y de la dominación, sobre todo en su aspecto cultural. La decepción y el realismo, probablemente se encuentran en el fondo de la actitud conservadora hoy tan en boga en el mundo, actitud que encontramos no sólo en el electorado que elige y mantiene en el poder a regímenes abiertamente conservadores como los de Estados Unidos e Inglaterra, sino también en las formas conservadoras del socialismo francés, o español, a lo cual se suma la quietud de las universidades de todo el mundo al conservadurismo juvenil, después de los estallidos de los sesenta; el apoyo a los partidos tradicionales como el APRA en Perú o los radicales en Argentina, la activa posición de derecha en México y la nueva y abierta participación política de la iglesia católica, que aunque con signo político diferente en Polonia y en Nicaragua, no deja de ser la iglesia católica que hoy pone al día su sistema de valores tradicionales.

En el mundo actual, la sociedad de consumo ha impuesto “el cambio” como una moda, como una necesidad. El modelo social de un país moderno como Estados Unidos, hace del cambio una constante, que lo mismo se refiere a los pañuelos desechables, que al automóvil, la casa, el marido o la mujer, etcétera. La idea del *gran cambio* es una expectativa constante; el Godot de Beckett es ese cambio que se espera y se teme.

Otra idea ligada implícitamente a la del cambio es la de la juventud,

también hoy en boga, “lo destinado al cambio es lo joven, lo viejo permanece”. Las sociedades jóvenes, por ejemplo en los países de Africa y América Latina, son consideradas como sociedades abiertas al cambio; en cambio las sociedades europeas parecen condenadas al estancamiento.

Meros prejuicios, porque en realidad hoy las naciones antiguas del mundo sufren cambios espectaculares: China, India, Egipto, mientras que una de las naciones más jóvenes del mundo, Estados Unidos, está en vísperas de convertirse en vieja aparentemente, por la rapidez de los cambios que ha sufrido.

Paradójicamente, entonces, en el momento de la historia en que gracias a los nuevos medios de comunicación el hombre vive superinformado, en donde la rapidez de la sucesión de los eventos nos hace más conscientes del cambio permanente de la existencia social, es cuando la sociedad occidental responde con una vuelta a la tradición y al conservadurismo.

El cambio social, que en un momento dado era la esperanza por un futuro mejor, se ha convertido en una amenaza. Es curioso observar que a partir del advenimiento del siglo xx la utopía deja de serlo y los escritores como Orwell y Huxley y más tarde Bradbury, nos presentan el futuro como una antiutopía. La amenaza es, en estos autores, el futuro y el desarrollo tecnológico. El universo de 1984 (1949) de Orwell, o de *Un mundo feliz* de Huxley, anticipan una realidad que ya es historia en algunos casos y presente en otros. Estas referencias literarias, de difícil comprobación empírica, son sin embargo la muestra más evidente de la ambivalencia que hoy tiene el cambio social para las personas.

Me parece obvio que la sociología insista en analizar, con los mismos instrumentos teóricos del marxismo y del positivismo, los fenómenos que gracias a esos instrumentos, hemos descubierto tan complejos, y que incluso rebasan su propio marco conceptual. No se trata sólo de la cantidad de variables que en ellos intervienen, sino de la pretensión cada vez más ingenua de descubrirle un sentido, una orientación al cambio. Ciertamente que algunos colegas, siguiendo a Weber, Alain Touraine, por ejemplo, nos han alertado sobre el peligro de buscar orientaciones metasociales en la explicación de los movimientos sociales; pero hoy, más que nunca, la teoría sociológica debería buscar sus explicaciones, o al menos el comienzo de ellas, a partir de la consideración objetiva, desprovista de valores de intencionalidad sobre los hechos. Carlos Chávez decía que él no había podido conocer y entender la música, hasta el día en que la pudo considerar como sonidos simples, desprovistos de sentimientos.

La gran limitación de la teoría del cambio y de todo análisis, sobre todo en los países del llamado Tercer Mundo, es que están impregnados de valores y de proposiciones. Ciertamente, resulta difícil lo contrario; ya en una época se denunció que, bajo la pretensión de objetividad, en

realidad se estaba defendiendo al *statu quo*. Ello no impide que la comprensión deseable de estos fenómenos pase por este tamiz de objetividad, porque lo contrario ha llevado al fracaso, no sólo teórico sino incluso político de muchas de esas perspectivas. Esto tiene que ver con esa falta de objetividad, o para ser menos pretensiosos, de un mínimo conocimiento de la realidad histórica que se oculta o niega por razones valorativas.

Bastan para probarlo, los testimonios históricos del fracaso guerrillero en América Latina, en donde no fue sólo la represión lo que acabó con las aventuras románticas de los años sesenta, sino sobre todo la confusión entre un legítimo deseo de justicia y cambio, con la evaluación real de las situaciones y la interpretación correcta de hechos históricos, que obedeciendo a otro desarrollo no se pueden analizar con categorías provenientes de experiencias totalmente distintas.

En el caso de América Latina, por ejemplo, (es una hipótesis a comprobar), la vuelta a la democracia ha pasado por los caminos más imprevisibles y menos “teorizados” por los sociólogos y politólogos. ¿Quién diría a principios de los años setenta que la democracia argentina vendría a través del partido radical que parecía rebasado, no sólo por el peronismo, sino incluso por los guerrilleros? Ahí está la interesante revitalización del APRA en Perú, que aunque mucho deba al carisma de Arias, no deja de estar fundada en un viejo partido de tradición.

Hay que decir que parte de la insuficiencia de la explicación teórica del cambio social en los países del Tercer Mundo, es el haber tomado mecánicamente teorías concebidas en Europa para explicar fenómenos sociales que tienen otros antecedentes históricos. Esa es otra forma de colonialismo.

Lo anterior no significa, o no excluye, el que los hombres y las sociedades no actúen en función de intereses y de objetivos determinados, y que no haya proyectos de sociedades. El problema es encontrar cuáles son los principios y los proyectos cotidianos de la gente. A veces pareciera que los observadores sociales se sorprenden de la simplicidad aparente de la conducta de los pueblos. Muchos piensan que la conducta del pueblo iraní que sigue a Jomeini o del electorado que elige a Reagan opera de una manera irracional, y juzgan los comportamientos como conformistas, conservadores o revolucionarios. Creo que esas categorías pierden sentido; porque el hecho es que todos los grandes proyectos de sociedad se traducen políticamente en proposiciones concretas para la gente. Estas proposiciones en el fondo no contienen más que esos grandes valores que los hombres han deseado en todas las épocas y en todos los tiempos y que se resumen en el *bienestar*, tal como lo querían Platón y Aristóteles. Si uno pudiera traducir, en términos concretos, lo que

ello significa hoy para cada grupo social, entenderíamos el sentido del cambio que mueve a los grandes grupos. El cambio social sería entonces aquel que una sociedad en su dinámica interna produce y busca en el cambio político, y que generalmente surge como el proyecto que un grupo o parte de la sociedad trata de imponer al resto.

Proyectos de cambio que pueden venir, ya sea de una clase ascendente de la sociedad, de un grupo dirigente vanguardista, o de un elemento exógeno (una invasión) que pueden o no ser constantes. Además, la sociedad está en un movimiento permanente buscando su acomodo y su mejoría, a través de la rearticulación de sus componentes, ya sea como conflicto o como negociación, y de la innovación tecnológica. Habría un momento en que ambas tendencias coincidan en un punto álgido y es entonces que se darían los hitos que la historia registra. Si no es así, entonces el cambio continuará como evolución y lucha por el control de la sociedad; pura actividad política.

En la mediación de estas dos tendencias radicarían en mi opinión, la explicación, el origen, los límites y los alcances de los movimientos y la capacidad de transformación de la sociedad.

La sociología, hasta ahora, como la promesa, en términos de Wright Mills, ha sido incapaz de proporcionar a los hombres un marco de explicaciones que le permitan comprender tanto sus relaciones cotidianas como los grandes momentos de la historia. En lugar de permitir a los hombres comprender que el cambio es el producto de la actividad humana, la sociología, y yo diría que todas las ciencias sociales, ha sustituido los tradicionales actores metasociales: Dios, el destino, las fuerzas de la naturaleza, etc., por otros nuevos, aparentemente muy cercanos al hombre pero que finalmente son también inaccesibles e incontrolables.

Esto lo prueba, hasta la evidencia, la hidra de mil cabezas en que se ha convertido la economía. La deuda externa de los países del Tercer Mundo, por ejemplo, es un fenómeno que de repente se convierte, para el ciudadano común y corriente, en una amenaza cotidiana para su bienestar y su futuro. Ciertamente, las decisiones políticas de los grupos dirigentes aparecen como responsables. Pero, se pregunta el ciudadano común —¿Cómo es posible que, siendo la deuda una amenaza para todos y toda vez que los problemas son resultado del quehacer humano siendo las soluciones (en un mundo de desperdicio) aparentemente fáciles, no se encuentran soluciones al armamentismo mundial o al problema del hambre?

Más aún, la democracia, la participación concebida en términos occidentales de participación electoral, que aparece también como un modelo ideal y como expectativa de muchos pueblos que hipotecan sus

tradiciones de participación política y sus centros de decisión, siguiendo un modelo de “cambio” que no le corresponde también se revela como inútil frente al poder. Bajo la ingenua creencia de que basta con votar para ser parte del poder, se crean frustraciones y mitos, pues una vez elegidos los representantes escapan al control de sus representados y son otros poderes, también ajenos —la prensa, los grupos de presión— quienes intervienen.

Estos casos muestran que las grandes categorías, los grandes conceptos de las ciencias sociales, siguen siendo tan subjetivos como hace cientos de años en Grecia y evidencian que los sociólogos en lugar de contribuir a aclarar y relativizar el valor de esos conceptos, los han multiplicado y confundido más, dejando con ello de contribuir a la explicación por todos tan esperada. Hoy la ciencia, que ha progresado como nunca es mirada con recelo y escepticismo. Extraña paradoja que muestra hasta qué punto la historia no se mueve en un solo sentido.

La teoría sociológica, a estas alturas de la historia, no puede sino conformarse con un rol menor. No podemos seguir pretendiendo explicar el cambio en todos sus momentos: orígenes, condiciones, sentido u orientación. Hoy, gracias a la historia social, podemos recoger una gran cantidad de materiales que nos permiten entender algunos de los mecanismos y de las condiciones de las variables que intervienen en la génesis del cambio. Pero aún no disponemos de las interpretaciones necesarias para explicar las tendencias, ni siquiera para prever en qué circunstancias se puede dar el cambio. Esto hay que reconocerlo.

Si la historia no es necesariamente ni el camino del progreso ni la hazaña de la libertad, ni la búsqueda de la sociedad igualitaria, si tampoco es el infierno de todos tan temido que describen Huxley y Orwell, entre otros, no por ello podemos renunciar a la búsqueda de ese sentido. Se trata de separar los momentos del análisis y la reflexión, separar lo que es, de lo que queremos que sea o lo que de ello esperamos.

No es que el movimiento de la sociedad carezca de una convicción ideológica o de una ética normativa, pero el conocimiento científico en ciencias sociales, como en su momento la anatomía, requiere de una disección brutal de la realidad. Es muy sintomático el hecho de que los periodistas sean hoy quienes tengan en sus manos las “explicaciones que la gente espera”. Uno como sociólogo se sorprende a veces de la ingenuidad, de la simpleza y de la banalización de muchas de estas explicaciones, particularmente si tomamos en cuenta los grandes recursos que se invierten en la investigación en ciencias sociales.

Ciertamente, no se me dirá que el rigor científico implica formas de comunicación no fácilmente comprensibles para todos. Si bien estoy de acuerdo en que el rigor en las ciencias sociales obedece a otros principios,

ello no significa que sus resultados no pueden ser fácilmente comunicados. Lo que es inteligente debe ser claro.

Quizás en la historia de las ciencias sociales sólo Maquiavelo ha logrado tal claridad en su análisis del poder y eso le costó la condena casi unánime de los moralistas. Sin embargo, pudo describir los mecanismos que rigen el poder político con tanta precisión que aún en nuestros días su análisis no ha sido superado y sus reglas siguen vigentes.

En síntesis, la sociología debe cambiar su actitud frente al cambio social. Con ello no afirmó una novedad. Desde los años sesenta Alvin Gouldner denunció la crisis de la sociología, y en esa misma época los sociólogos latinoamericanos se entusiasmaban con la idea del compromiso.

Es cierto que la reflexión social es una reflexión que compromete, pero el mayor compromiso es cumplir con la función que le ha sido señalada. Ninguna emoción personal, ningún mesianismo intelectual habrá de salvar al mundo. No más, en todo caso, que la inconsciencia.

Pero lo que es cierto es que la profundidad del conocimiento de la realidad física y natural que nos permite conquistar el espacio, tendrá que darse también en las ciencias sociales, para encontrar nuevas formas de convivencia humana fundadas no en las falsas promesas de los profetas, sino en la milenaria actividad constante de sus principales actores: los pueblos, los hombres.